

“Si pares, será con riesgo de tu vida. No solamente parirás con dolor, como fué dicho al principio del mundo, sino que parirás y morirás. Goza, pues, de la vida, entrégate al placer y solo al placer, y cuanto mas goces, menor peligro corres de parir.” He aquí cómo aconseja Satanas á la mujer que abandona á Jesucristo. Para cegar la fuente de la vida, se coloca el egoismo en el corazon de nuestras madres, que es el manantial del cual debe brotar. Una vez que lograra verse vencedor del sacrificio que engendra la familia, el placer, que solo engendra la muerte, habitaria solo ese hogar del amor en que los sufrimientos y ternura maternales prodigaban la vida.

Una de las cosas que conspiran con el placer para arrancar á la mujer mundana la gloria de la maternidad, es el lujo. El lujo es despótico y la mujer mundana es su esclava, y debe obedecerle. El lujo es para ella el Dios que coloca en el altar para adorarle, y este Dios mundano tiene exigencias que se sobreponen en la mujer del mundo á los deberes maternales. Ningun atractivo tiene para ella el contemplar á unos niños que la verian con ternura, si compara este placer con el de verse ricamente adornada. Mas bien quiere examinar en la arena de las vanidades, y en compañía de otras mujeres, todos los adornos de sus trajes y entregarse á unos gastos insensatos, y abandonarse á una hermosura ficticia, que tomar parte en los inocentes placeres de los niños, aun cuando deba sucumbir en la lucha de la ostentacion y verse humillada por cortesanas.

Ademas, ¿qué haria la mujer mundana si se hallara rodeada de seis ú ocho hijos? Suponiendo aún que

posea algunos bienes, ¿cómo podrá nutrir á sus hijos con su leche, ni atenderlos con todo su cariño, ni desvelarse por ellos de dia y de noche? Los bailes y tertulias la desvelan de noche, y fuerza es que prepare, durante el dia, sus fuerzas para rivalizar de nuevo con las que le disputan la palma, y esto es mucho mas halagüeño, que entregarse á los deberes de la maternidad. ¿Qué le importa la familia? ¿Qué hay de comun, para un corazon egoista, entre las emociones del baile y el torbellino de la sensualidad, y las emociones de la maternidad y las dulces caricias de la infancia?

Cuando el egoismo ha sido vencido momentáneamente por el deber; cuando Dios ha concedido á la mujer mundana la dicha inmerecida de oír pronunciar á su alrededor las palabras de “Madre mia,” su corazon, entregado por entero á otros sentimientos, no goza con las caricias del hijo, ni contempla extasiada sus dulces sonrisas, ni oye con placer las palabras que le dirige con ternura; esta madre no encuentra en su maternidad forzada mas que un yugo que la sujeta; y considerándose como estraña entre los retoños de su vida, entre realidades que son tan gratas cuando las acepta el sacrificio, solo vive entregada á placeres imaginarios. Bajo el pretesto de que los hijos no corresponden al cariño que sienten por ellos los padres, y de que quererlos á ellos solos no es bastante para un corazon, aspira á otro amor, en el cual se propone encontrar una nueva felicidad: y esta mujer, echando á un lado su dignidad y su ministerio, abandona por completo, á manos mercenarias, á unos hijos que no son para ella mas que un estorbo. Harto doloroso ha sido para esta madre sin corazon el acto de

la maternidad, y por esto no se entregará á la dicha de amamantar y educar á su hijo. Jamas procurará darle la mayor parte posible de su alma y de su sangre, y madrastra mas bien que madre, hollará bajo las plantas del placer la corona de la maternidad.

¿Logrará poseer el bien á que aspira? ¿Será feliz en el mundo esta esposa enemiga de la familia, esta que es madre á pesar suyo? No, no será feliz. Al dejarse llevar por el egoismo fuera de la senda del deber, no hace sino condenarse al vacío de su alma, á la tristeza y á la aridez: al huir el sacrificio para esquivar el sufrimiento, encontrará en el sufrimiento la recompensa debida á su egoismo. Desdichada si tiene hijos, porque los considera como un peso insoportable; más desventurada si no los tiene, porque siente con la falta de ellos el vacío en el corazón, y el fastidio se apodera de ella de una manera imperiosa y le amarga la vida. Y como el mal nos lleva al mal, como un abismo á otro abismo, el fastidio ocasionado por el egoismo solo puede engendrar desórdenes; la mujer que abjura los deberes de la maternidad, camina ciegamente á la abjuración de los deberes de la fidelidad, y difícilmente podrá ser esposa fiel la que no supo ser madre tierna. . . . . ; Oh, señores, apartemos los ojos de un espectáculo que nos entristece! La mujer que no ha podido soportar la honra y la gloria de la maternidad, ni ha sabido conquistar los goces que ella procura, no merece sino que la releguéis al desprecio y la entreguéis al enorme peso de su propia vergüenza: dejad que la oprima todo el oprobio de sus adulterios. Mas no, tendámosle una mano amiga para levantarla del fango en que ha caído, y para

darle fuerzas enseñémosle cuál es la senda que hubiera debido seguir, y lo que puede llegar á ser todavía entregando su corazón al sacrificio que de él se exigía. Para facilitarle el cumplimiento de un deber, que es á un tiempo mismo el vuestro, protestad de no abusar jamas de vuestro poder para imponer á los débiles la complicidad de un crimen que deshonra á la maternidad y á la paternidad, porque la Escritura considera este crimen como abominable; es una doble prevaricación en que la familia perece, en que la vida humana muere sofocada antes de haber podido formarse entre voluptuosidades homicidas!

Hablemos otra vez de este tipo de la madre que nos presenta el cristianismo despues que se ha posesionado completamente de su alma y de su corazón. Considerada la madre simplemente bajo el punto de vista natural, y cuando no se ha pervertido aún, encuentra en su propio corazón el instinto de la maternidad; mas cuando llega á ser verdaderamente cristiana, despues que ha empapado su alma en las aguas fecundas del sacrificio, encuentra en el cristianismo la fuerza necesaria para llenar la misión á que está destinada, porque el Dios del Calvario le inspira el poder del milagro que debe hacer multiplicar en ella los hijos y fecundizar la familia.

Quando es jóven todavía y antes que ningun soplo humano empañe la pureza de su corazón, identifica en su alma estas dos cosas que forman una sola: el cristianismo y el sacrificio. La religion penetra en su vida como una revelación de los sacrificios que debe hacer. El Cordero inmolado por todos es el ejemplo que inspira su corazón; y cuando abre por primera

vez al Cordero el corazón, puro como un tabernáculo de oro; cuando le ofrece los primeros homenajes de su amor, envuelto en los perfumes del pudor y de la castidad; ¡cuántas revelaciones hace el Dios del sacrificio á la vírgen cristiana! ¡Cuántas jóvenes, en el gozo que les causan sus primeras bodas con el divino Cordero, comprenden el sacrificio para el cual se preparan, y leen en él todo el celeste ideal de la vida que seguirán en la tierra!

Quando la jóven cristiana, que no ha sido predeterminada por Dios para el heroismo de la virginidad, contempla el porvenir para leer en él; cuando su imaginación, previendo los designios de la Providencia, le hace pensar en su destino, cuyo término mas ó menos cercano será un matrimonio protegido por la bendición de la Iglesia y de Dios, al pensar en su suerte futura, funda todas sus esperanzas en el sacrificio. Al traves de las sombras dichosas que encubren todavía á sus ojos una parte de sus futuros deberes, ve brillar la gloria de la maternidad como un astro de esperanza; el marido que Dios le dé para siempre, la amará y será amado en Jesucristo; ve en sus ensueños á sus hijos tendiéndole los brazos, y ella responde cariñosa á la voz dulce que la llama; conoce que todo esto le costará grandes sacrificios, mas ella se entrega gustosa á ellos, porque en esos sacrificios y en estos sufrimientos hallará la felicidad.

Tales son las aspiraciones y los sueños de la jóven cristiana que ha bebido en las fuentes del Calvario, antes que el matrimonio haya fijado su corazón y decidido su porvenir. Cuando el sacramento del matrimonio ha venido á sellar su vocación por mano de la

Iglesia, y cuando los sueños pudorosos de la jóven están próximos á alcanzar las realidades de la madre; cuando se encuentra ya cercana la hora de su maternidad; ¡cuántas veces al recibir en su pecho, en el misterio de la comunión, el Cordero del Sacrificio, ha sentido moverse en su seno, al contacto de Jesucristo, el fruto de sus entrañas, y ha exclamado como Isabel en un acto de exaltación cristiana: "*exultabit infans in utero*"! ¡Sabeis cuáles son entonces los sueños dorados, los deliciosos presentimientos y sublimes ideas de esta mujer transfigurada por Jesucristo? "Próxima está ya, se dice á sí misma, la hora del sacrificio; dentro de algunos dias me entregaré toda entera á cuidar el objeto de mi cariño: el ser que llevo en el fondo de mis entrañas y que siento descansar junto á mi corazón, no solo será el objeto al cual consagraré mis lágrimas y mi ternura, sino tambien todas mis caricias y todos los instantes de mi vida."

¡Oh cuán santos y puros son los sueños de la mujer cristiana el dia antes de su maternidad! ¡Sueños encantadores, que se los presenta su imaginación tales como serán el dia que se conviertan en realidades! Cuando la madre ha entregado su corazón á Jesucristo halla la fuerza, la abnegación y el valor en la religión. Para explicar todos los sentimientos que hace penetrar en su pecho sobre todo á la hora de la comunión; todo el gozo que encuentra solo al pensar en el verdadero cumplimiento de sus deberes; toda la dicha que le deja entrever el sacrificio á que es llamada, seria necesario poseer la voz de un ángel y el corazón de una madre. Mas ya que nos faltan uno

y otra, diremos que así como el egoísmo despoja á la mujer mundana del gozo, de la honra y de la dignidad de las verdaderas madres, el sacrificio eleva á la mujer cristiana á la altura de sus funciones y le prodiga todos los gozes que brotan para ella del cumplimiento de sus deberes.

La mujer mundana teme sufrir y huye el parto doloroso. La mujer cristiana no se cree jamas bastante madre, y nunca se cansa de sufrir por la dicha de sus hijos. Semejante á las que se encuentran todavía en las poblaciones cristianas del Canadá, que solo se consideran dichosas cuando han tenido diez ó doce hijos; que si por una parte son hijas de Eva pecadora, están por otra instruidas en las doctrinas de Jesucristo reparador, acepta sin exhalar una queja la ley proclamada sobre la cuna de la humanidad. En fuerza de su valor para desafiar la muerte y de su amor para dar la vida, cada uno de sus partos dolorosos es una nueva prueba á la cual está dispuesto siempre su corazon. Si al pensar algunas veces en el porvenir teme por la suerte de sus hijos, eleva á Dios su mirada y su corazon, se acuerda de que hay un cielo y una Providencia que cuidan hasta de la suerte de las simples avecillas, y dice tranquila "Dios me los ha dado y Dios me los cuidará."

Si se entrega toda entera á su hijo para darle la vida, todavía se entrega mas completamente á él para amamantarle y educarle. Como toda madre tierna y cariñosa, tiene la ambicion natural de alimentar á sus hijos; su corazon se resiste á mezclar la sangre de sus venas con otra sangre mercenaria; si bien siente que sus fuerzas languidecen, en su propia de-

bilidad encuentra fuerza al considerar que su misma debilidad da la vida, la fuerza y la salud á sus hijos. Lo que mas ambiciona sobre todo, y lo que emprende con mas ardor despues de haber infiltrado en la carne de su hijo su propia substancia, es hacer penetrar su alma en el alma de su hijo, y el corazon maternal en el corazon filial por medio de la educacion. Educar y formar á un niño, esculpirle en fuerza de cuidados y fatigas para hacerlo semejante á Jesucristo, es lo que mas ambiciona toda madre cristiana. ¡Con cuánto heroismo se consagra á tan sagrados deberes! ¡Oh, esclama desde el fondo de su corazon, en el que Dios y la naturaleza hablan á un tiempo: "¿qué me importan los teatros, los placeres y las fiestas? Mis hijos son mi teatro, yo cifro todo mi placer en abrazarles, su dicha es mi alegría, y verlos mi felicidad. Nada me importa el mundo, que solo me robaria los momentos que quiero consagrar todos enteros al cuidado de mis hijos. ¡Cuán infeliz seria yo si abandonara al placer estas horas que debo consagrar al sacrificio! Sí, porque toda mi felicidad se cifra en cuidar á los hijos que la Providencia hizo caer en mi seno, como el mas rico presente de su amor." ¡Cuántos cuidados, cuántos desvelos, cuánta fatiga, cuántos trabajos y cuántas lágrimas consagrará este verdadero corazon de madre á la educacion de sus hijos!

Así es como se eleva la madre cristiana por medio del sacrificio á la altura de sus deberes; y cuando cumplidos ya los designios de la Providencia ha parido con dolor, alimentado con su substancia y educado con sus sacrificios á una numerosa familia, ¡qué